



FLORES

Júlia Lopes de Almeida

Traducción de Ismarie Díaz Flores y Lucía Rodríguez

Coordinación y revisión de la traducción: Rebeca Hernández

*Escribo estas líneas pensando en mis hijas.
Ellas me comprenderán cuando sean mujeres y
planten rosas para dar miel a las abejas y
perfume a su casa.*

En mayo de 1901, resolví organizar para septiembre de ese mismo año una exposición de flores en Río de Janeiro, la primera que se haría en esta ciudad. Si bien le faltaba originalidad a la idea, visto que exposiciones de flores se hacen todos los años en tierras civilizadas, le sobraba interés: la curiosidad amiga que siempre he sentido por las flores y el deseo de que fueran muy amadas en mi tierra. Referirme a esa exposición es para

mí un sacrificio, pero no quiero omitir tal capítulo en este libro de mujeres, presidido por la mirada de mis hijas, a quienes pretendo inculcar el amor a las plantas como uno de los más suaves y mejores de la vida.

Dicen que las palabras vuelan y que las obras permanecen; pero hay obras que el viento se lleva y que solo en la palabra fugitiva dejan su recuerdo. No hablaré de la exposición malograda, no por ella ni por mí, sino por sus objetivos, que eran múltiples y que aún considero excelentes. Lo que fue terminó. Ha de echársele encima la tierra del olvido; pero lo que podría haber sido todavía puede serlo, y es en esa posibilidad donde tiene cabida esta insistencia. Lo que yo esperaba de esa exposición era solo esto:

Que fuese el inicio de otras más bellas, que irían perfeccionando las especies más estimadas de nuestros jardines y descubriendo los tesoros de nuestros campos y de nuestros bosques. ¡Cuántas flores exuberantes, dignas de figurar en los salones más exigentes, crecen por esos sertones! Yo misma, que nada puedo, guiada por una rápida visión de la infancia, ¿no había mandado traer del interior de São Paulo una flor que, si tuviese la desgracia de pensar, jamás habría imaginado ver su nombre en un catálogo? Con el prestigio de la exposición, ¿cuántas personas presentarían a concurso lindas flores ignoradas, e ignoradas porque son brasileñas?

No soy de los que piensan que no debemos aceptar árboles extranjeros porque tengamos tanta abundancia de flores y árboles en nuestro país.

Las cosas bellas y buenas nunca están de más, y hay que sumar a esas dos cualidades la utilidad especial de cada planta.

Sin embargo, debemos indagar bien sobre lo que tenemos en nuestra casa antes de pedir lo que creemos que solo existe en la ajena.

Una de las principales preocupaciones de la exposición serían las orquídeas, de tan melindroso cultivo y lenta floración. El catálogo mencionaría con el mayor cuidado todas las variedades presentadas en el certamen, raras o no. Ah, en el artículo de las orquídeas había párrafos que valían capítulos por sus intenciones.

Imagínese que se sugiriese la idea de que fundásemos en Río un pabellón para exposiciones permanentes en el que la orquídea fuese protegida y defendida como un tesoro.

Hace reír la idea, ¿a que sí? En ese pabellón, organizado por expertos, todas las orquídeas venidas de los Estados próximos, para ser exportadas, se examinarían para recibir el pertinente pasaporte... Esta práctica, que a la mayoría parecerá absurda, se consideraría naturalísima, si el respeto por las orquídeas, que son las joyas de nuestros bosques, ya se hubiese implantado en el pueblo. Hay orquídeas y plantas parásitas que tienden a desaparecer, por la devastación arrebatadora con la que nativos inconscientes y extranjeros especuladores las arrancan de los árboles para meterlas en las cajas en que las mandan hacia los puertos europeos. ¡Puede decirse que en los invernaderos de Inglaterra, Francia, Holanda y Alemania, y hasta en los de la República Argentina, es donde se ven las más bellas flores de Brasil! ¿No sería justo que exportando las variedades más raras de nuestras orquídeas, guardásemos, en la capital, ejemplares que garantizaran su reproducción en el país, y que realzasen la exposición permanente, que al menos todos los extranjeros de paso visitarían?

Sin embargo, nuestra atención no sería solo para las orquídeas.

Cada día de la exposición de flores se dedicaría a una de las especies más estimadas por nosotros.

Tendríamos un día solo para las rosas. En rosales o cortadas, sería en esas flores en las que se concentraría la atención del jurado, constituido por nuestros maestros botánicos y por los dueños de los principales establecimientos de floricultura de Río de Janeiro. Ese día se averiguaría, aproximadamente, la cantidad de variedades que tenemos de esa flor, para establecer después la comparación con las que se presentasen en exposiciones consecutivas. Todo eso quedaría registrado en un libro, documentado por nombres conocidos e insospechados.

Al igual que las rosas, los claveles no tendrían motivo de queja.

¿Ha reparado en cómo la cultura de los claveles se ha desarrollado y ha prosperado en Río de Janeiro? Se creía antiguamente que esa planta, una de las más tradicionales, si no la más tradicional, solo florecía bien en Petrópolis, en São Paulo y no sé en qué otras tierras. Pues estábamos equivocados. No son siquiera de lo alto de Tijuca esos hermosos claveles que están ahí, de colores tan variados y de formas tan opulentas, son del valle de Andaraí, son de Engenho Velho, son de los suburbios, son de Santa Teresa, etc. Quien tenga un pedazo de jardín, un alféizar amplio con macetas de barro y un poco de tierra puede, con seguridad, sembrar sus claveles: las flores vendrán.

Como incentivo, la exposición daría esquejes de crisantemos a un cierto número de mujeres jóvenes, a las que citaría a que presentasen, en la estación correspondiente, la planta ya florida, para mostrarla en una exposición en la que se entregarían los premios del primer certamen.

Contagiando el gusto por la jardinería, se desarrollaría la cultura de una flor brillante para la que nuestro clima es favorable.

En esa primera exposición tendríamos, además de conferencias para estimular el amor de las plantas y mostrarlas en sus múltiples aspectos seductores, lecciones de jardinería práctica.

Esas lecciones, impartidas con la mayor simplicidad, sin términos enfáticos, por un hombre ilustrado y amigo de las flores, nos enseñarían cómo debe prepararse la tierra para el jardín, cómo se deben hacer los sembrados y las podas y los injertos y matar los pulgones y crear rosas nuevas y transformar las variedades más conocidas, y pulverizar con agua fresca los altos troncos de las orquídeas, etc.

Con esas cosas pensaba yo prestar simultáneamente dos servicios: uno a la ciudad, al demostrar la posibilidad de fundar una escuela para jardineros, y otro a las jóvenes a las que les sobre el tiempo para esas brillantes fantasías. La jardinería ofrece ocasión para distracciones y estudios propios de mujeres.

Y, después, ¡qué encanto eso de ver el nombre de una señora ligado al de una rosa!

En todas las capitales del mundo civilizado existe el culto a la flor. Ellas simbolizan tanto nuestras grandes alegrías como nuestras grandes tristezas, imágenes materializadas de las mayores conmociones de la vida. En las alegres visitas de las felices fiestas y aniversarios, o en las romerías para los cementerios, las flores expresan el júbilo o la saudade, tan bien como una lágrima o una sonrisa.

En Alemania, me contó una amiga, que estuvo de viaje por allí, que en las puertas de los hospitales, durante los días de visita, hay floristas con ramos de todos los precios; abundan las ofertas de flores agrestes o más comunes. Naturalmente, quien va a visitar a un enfermo en una habitación privada, escoge las camelias más puras o los narcisos más especiales; para los pobres y los indigentes de las enfermerías públicas son los *bouquets* modestos y diminutos, pero vistosos y alegres.

¿De qué se trata esto? De un poco de poesía y de primavera, que van errantes con su aroma y sus colores vistosos y alegres por aquel ambiente triste y aburrido. La mirada desconsolada del enfermo encuentra en esto un poco de distracción y de consuelo.

Es así como necesitamos que nos gusten las flores. Que nos gusten tanto que sean para nosotros una necesidad; tanto que ni a los pacientes de las enfermerías públicas les parezca malgastado el dinerito con el que se las compran. ¡Y aquí es tan fácil cultivarlas, señor!

El arte del ramillete, tan adorado en Japón, según lo afirman las cronistas del lugar, y que sin duda es uno de los más delicados que una mujer puede practicar, se llevaría a concurso en uno de los días de la exposición. La joven que hiciese el ramo con la más armónica combinación de colores y la forma más elegante sería premiada.

Una de las veleidades más curiosas de esa exposición sería su interés por la figura de las floristas de la calle, buscando transformar a las de Río de Janeiro, que no son precisamente encantadoras. Para eso se realizaría también un concurso en que nuestros pintores y diseñadores presentarían modelos para las floristas ambulantes adecuados a nuestro clima. Eso naturalmente constituiría una galería de difícil aprovechamiento, pero en cualquier caso, muy interesante. De hecho, se me ocurrió la idea de exponer los trajes de los primeros participantes de la experiencia. La exposición sería gratuita para los niños y hasta tendría un día dedicado a las escuelas.

¡Nunca imaginé que fuese preciso enseñar a amar las flores, a las que los niños saludan desde la cuna, articulando, al verlas, sílabas incomprensibles y agitando hacia ellas, con entusiasmo, las manitas! Sin embargo, me parece que el culto de la planta debe entrar en la educación del pueblo. Las exposiciones de bellas artes enseñan a amar los cuadros y las estatuas; es muy posible que el amor de los europeos por las plantas se haya despertado

y arraigado gracias a las exposiciones de flores, que se celebran en Europa dos veces al año, una en otoño, otra en primavera.

He omitido reproducir muchos puntos del programa de la primera exposición, tales como la batalla de flores, con que la exposición se clausuraría, la muestra de las flores más aprovechables para la destilería, etc. Bastan estos que aquí quedan plasmados para demostrar que la belleza y la utilidad van a veces de la mano.

Si yo he sido infeliz, otras serán felices en la misma batalla y por el mismo ideal.

Que de mis esperanzas truncadas broten nuevas esperanzas en almas más jóvenes y capaces de empresas de mayor envergadura. Es para atizar esa llama por lo que escribo estas líneas trémulas, porque con mis actuaciones he adquirido la certeza de que en esta tierra bastan para ejecutar grandes obras solo dos cosas: energía y voluntad.

El texto original “Flores”, de Júlia Lopes de Almeida se encuentra publicado en

Livro das Donas e Donzelas (1906)

Disponibile en <http://dominiopublico.gov.br/>

Imagen: *Manacá* de Tarsila do Amaral (1927)

En: <http://tarsiladoamaral.com.br/obras/pau-brasil-1924-1928/>